

ron del país, ocupándose especialmente de las personas que trabajaron en las Casas de Niños, sin tratar apenas la emigración de dirigentes políticos ni la de los obreros industriales. Lo más destacable respecto a las fuentes es la escasa disponibilidad bibliográfica sobre la materia que Inmaculada Colomina ha compensado con el estudio documental en el territorio de acogida y con un fortísimo peso de los testimonios orales.

*Manuela Aroca Mohedano*

### ANTONIO CAZORLA

*Fear and progress. Ordinary lives in Franco's Spain, 1939-1975*

Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, 304 pp  
ISBN 978-1-4051-3315-9

Hace ya casi dos décadas, el hispanista Alfonso Botti, cerraba su magistral *Cielo y Dinero* con la provocadora conclusión de que el franquismo había supuesto una vía alternativa, española, de culminación del proceso de modernización. Botti argumentaba que las clases privilegiadas, amplios sectores del clero católico y de la burocracia lograron gracias a su establecimiento asegurar las ganancias derivadas del liberalismo económico, evitando tener que incurrir en los costes derivados del liberalismo político durante la era de las masas. Cazorla-Sánchez, en este soberbio librito, le da la vuelta a ese argumento. Basándose en estadísticas, entrevistas y literatura especializada de reciente producción nacional e internacional, el autor onubense demuestra que si se produjo una innegable modernización socioeconómica durante el franquismo fue a pesar del Régimen, y no gracias a él.

El libro está organizado en cinco secciones ordenadas cronológicamente (la política del miedo, los costes de la dictadura, la emigración, una sociedad cambiante y los caminos hacia la ciudadanía). En cada una de ellas Cazorla desgana argumentos y testimonios que muestran con claridad los rasgos más sobresalientes de la reconstrucción social y económica de un país

devastado por una guerra civil. A diferencia de otros casos europeos, en España la tarea cayó en manos de los que más hicieron por destruir lo anterior: el general Francisco Franco y sus aliados.

El empeño en instalar y consolidar la autarquía se coronó en un fracaso estrepitoso que hizo, entre otras cosas, que el consumo de proteínas medio de los españoles no volviera a alcanzar los niveles de 1936 hasta veinte años después (p. 73). Entretanto, el español de a pie residente en zonas rurales seguía trabajando un promedio de 14 horas diarias y con una dieta basada en pan, legumbres, patatas y aceite. Los huevos, la leche, la fruta, y mucho más la carne o el pescado, eran excepcionales en la mesa del pobre. A la miseria le dio la mano el miedo. Tras las duras lecciones represivas que siguieron a la entrada en Madrid de los rebeldes en 1939, un pánico cerval a hablar en público, a recordar, a participar en decisiones colectivas, se apoderó de los derrotados. Jerarquía, disciplina, podredumbre moral, desempleo estructural y hambre, mucha hambre. Los años del hambre ha sido la definición popular de la década posterior a la victoria insurgente. En este sentido, hubiera sido de agradecer que Cazorla hubiera incluido en su estudio mayores referencias a los hallazgos de las obras de autores como Pere Ysàs, Miguel Ángel del Arco o Javier Tébar Hurtado, para evaluar las interpretaciones historiográficas autóctonas que ha recibido esa década de oprobio. El debate vino estimulado por la traducción del libro de Michael Richards, *Un Tiempo de Silencio* (Crítica, 2006), y aun ocupa un lugar preeminente en los estudios del franquismo, como Antonio Cazorla bien conoce. Con todo, sus principales premisas están incorporadas en la obra, puesto que el autor ha participado activamente en dichos debates.

Ante un panorama de hambre y represión, la única solución viable para muchos fue dejar el pueblo. Para ir a Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia; o, a partir de la década de 1960, a Francia, Suiza o Alemania. Para ir a trabajar, a buscarse la

vida, porque donde vivían poco había que rascar o que llevarse a la boca. La recepción que tuvieron estas hordas desesperadas distó mucho de ser ideal. Ya fuera en las capitales del país, donde tuvieron que amontonarse en poblados chabolistas dejados de la mano de las autoridades franquistas; o en ciudades europeas, donde se enfrentaron a las penalidades de una emigración administrada por compañías privadas, como tan lúcidamente mostrara Marta Arribas en su documental *El tren de la memoria*, el caso es que esos luchadores nacidos en la década de los 40 se vieron forzados a convertirse en auténticos supervivientes. Unos supervivientes que, como muestra Cazorla-Sánchez con datos y testimonios locales, se enfrentaron a nuevas realidades en las que se vieron forzados a ser muy creativos para salir del paso ante la pasividad de las instituciones públicas. Los españoles forzados a dejar el campo tuvieron que invertir imaginación y esfuerzo a raudales para conseguir agua corriente en sus casas o alumbrado público en sus calles, además de para cumplir el sacrosanto deber de sacar adelante a la familia. Y al conseguirlo, alteraron profundamente la sociedad que les acogía. De paso, con los escasos ahorrillos que fueron juntando, contribuyeron notablemente a transformar aquellas comunidades que no tenían sitio para ellos. Lenguas y lenguajes distintos, modas y costumbres diferentes, ritmos dispares y espacios desconocidos que se fueron alterando y cambiaron definitivamente la fisonomía del país.

Emigración, industrialización y urbanización aceleradas constituyeron el llamado «milagro español» y sentaron las bases del desarrollismo como política de Estado. El régimen autoritario promovió desde arriba la acumulación de capital en manos de sus aliados sociológicos e ideológicos, a costa del sudor y la salud de un creciente número de españoles deseosos de mejorar su fortuna. Explotación, riesgos laborales y carísimos logros familiares e individuales apuntalaron el franquismo en su fase final, bajo la ficticia esperanza de una prosperidad genera-

lizada. Ésta es otra de las valiosas aportaciones que se debe destacar del libro, la de cuestionar las versiones edulcoradas de un desarrollismo que era incapaz de generar y distribuir riqueza en todo el país, que se apoyó en el éxodo rural y que acentuó más aún las diferencias de clase. El aparato represivo e informativo del Régimen bien se encargó de que dichas «limitaciones» no derivaran en un 68 español.

Ahora bien, el Régimen no pudo atajar la traición de los privilegiados. Estudiantes universitarios con mala conciencia y eclesiásticos posconciliares comenzaron a jalearse la insumisión a las lógicas de reproducción del sistema heredado. Junto con los obreros conscientes, que desde 1953 habían arriesgado vidas y empleos defendiendo sus derechos laborales, estudiantes, vecinos y católicos de base se abrían paso por esas sendas de la ciudadanía que tan hábilmente traza este libro. Huelgas, movilizaciones y oposición encubierta dirigidas por sindicatos, asociaciones y agrupaciones que fueron minando las bases del Régimen sin llegar a desmantelarlo completamente. Aunque hubo carreras y palos con los grises para los menos afortunados; mitos y leyendas para los más, el cambio se veía más cerca a medida que la salud del dictador se deterioraba. Y en este punto, el sorprendente colofón del libro, que se hace más político en su último capítulo de lo que los capítulos anteriores hacían presagiar. Y quizás de lo que convenía.

Pero a la postre, un buen final que refleja a la perfección la validez del *dictum* del maestro G. M. Trevelyan en su legendaria *Social History of England*, donde decía que los historiadores sociales, a diferencia de los políticos, no cuentan con marcos cronológicos prefijados, puesto que las sociedades no cambian tan visiblemente como los ocupantes de los tronos. Un final, por lo tanto, digno de este soberbio libro de historia social escrito por un historiador político y social que conoce como pocos las complejidades del primer franquismo, y que ya había dado muestra de ello en sus *Políticas de la Victoria* y en el resto de su obra. Un trabajo, en suma, que

se viene a insertar en la tantas veces reclamada, como pocas veces practicada, «historia desde abajo» de un franquismo cuyas múltiples facetas se empiezan a conocer mejor.

*Gregorio Alonso*

### EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008

Alianza, Madrid, 2009, 447 pp.

ISBN 978-8420684-96-3

Los estudiantes como sujeto histórico han conseguido en la última década un estatus historiográfico que se les negaba en los años ochenta, cuando se hacía una lectura de su papel como un fenómeno pasajero, muy ligado a la crítica contracultural de los 68, utopía aparentemente anegada por el *yuppismo* de los ochenta elevado a la categoría de icono de los triunfadores, junto a un neoliberalismo que traía nuevos bríos a un modelo de estado de bienestar considerado entonces como periclitado.

Avanzados los años noventa, y desde luego ya en este siglo, la historiografía ha recuperado los viejos textos de Lipset y de los sociólogos anglosajones de los sesenta, cuando analizaban la movilización estudiantil, seguramente no ajenos al concepto de cultura política que al principio de esa década se había formulado también en el ámbito académico anglosajón. Los análisis sociológicos siempre lúcidos y seminales de Bourdieu han tenido igualmente un nuevo protagonismo en los últimos años. Todo ello ha acabado proyectando una nueva luz sobre el 68 como elemento no ya episódico de una rareza coyuntural, sino como un elemento que adelantaba una transformación en los usos sociales, sexuales, culturales y políticos que ha hecho posible la sociedad actual en muchos de sus referentes. Obras de Kurlanski, de Fink, Gassert y Junker y de tantos otros en todo el mundo tienden a ver la relevancia del estallido

del 68 a la hora de explicar los cambios que luego acaecieron, fueran en Praga, en México, en Tokio, París o Madrid.

Ha sucedido algo parecido en España, donde en los últimos tiempos han aparecido trabajos relevantes (Valdevira, Hernández Sandoica, Baldó, Álvarez Cobelas, nuestro autor y quien esto escribe, entre otros) poniendo en valor el papel de la movilización estudiantil en el desgaste de la dictadura franquista. Existe una labor continuada en algunas universidades, como la de Valencia, la Carlos III, con su Instituto Antonio de Nebrija, y en Madrid y Barcelona. En el caso de Valencia, tesis doctorales leídas en los últimos años, como las de Sergio Rodríguez Tejada sobre el movimiento estudiantil antifranquista, o la de Germán Perales sobre los estudiantes valencianos del XIX e inicios del siglo XX o la reciente de Aleix Purcet en la Universidad Autónoma de Barcelona sobre el movimiento juvenil y estudiantil –fascista y antifascista– en la Segunda República, muestran lo actual de esta indagación historiográfica y el protagonismo que esta temática tiene en los jóvenes investigadores.

Además de los estudiantes, el análisis mismo de las Universidades también ha tenido un papel creciente en este proceso, aunque hayan sido los estudiantes quienes han tenido el mayor protagonismo como objeto en la mayor parte de los casos más que la evolución de la propia institución. Pero se ha acumulado bastante investigación sobre las Universidades españolas en los últimos veinte años, especialmente en lo que se refiere a la Universidad franquista, desde la depuración inicial a la evolución ulterior.

Desde luego, un análisis adecuado del papel de los estudiantes requiere de proyección y capacidad para ver su evolución a lo largo de toda la contemporaneidad o, al menos, del siglo XX, y no limitarse a un periodo concreto, pues se corre el riesgo de convertir la anécdota en categoría. Así también lo ha entendido el autor de este trabajo, que empieza refiriéndose a los *Wandervogel*, a las fraternidades alemanas y a la